

LA CONSTRUCCIÓN DEL HISPANISTA

MARÍA JESÚS GONZÁLEZ

La neutralidad del historiador

Raymond publicó una reflexión propia sobre la guerra civil española: *Spanish Tragedy* [*La tragedia española*]. El subtítulo de la obra, “La guerra civil en perspectiva”, dejaba bien clara su intención: pretendía analizar la guerra desde una posición distante y supuestamente neutral. En el mismo prólogo anunciaba su propósito con una cita ilustrativa: “Lloyd George informó al gobernador en Palestina, Ronald Storrs, de que tanto los árabes como los judíos se quejaban de su actuación como gobernador. Storrs se veía ya de patitas en la calle. ‘Si deja de quejarse uno de los dos bandos—dijo el ministro—dese por destituido.’ Los historiadores—añadía Carr—no tienen que pasar casi nunca por el riesgo de la destitución. Quizás serían mejores historiadores si corrieran ese riesgo”.¹

Por esas fechas Carr estaba muy “obsesionado” con la cuestión de la neutralidad, decía Lyttelton: “No hacía más que hablar de ello, aunque políticamente él no fuera tan neutral...”.² Estaba empeñado

en demostrar su “neutralidad” desde que el historiador marxista Herbert Southworth le acusó de ser el “líder de una conspiración neofranquista” junto al historiador conservador americano experto en Falange, Stanley Payne. Southworth se basaba en la reciente publicación de una obra colectiva dirigida por Carr que tuvo bastante impacto en España: *The Republic and the civil war in Spain* (1971), traducida al español en 1973 como *Estudios sobre la República y la guerra civil española*. Los capítulos escritos por los historiadores angloamericanos conservadores o progresistas moderados (como Payne, Thomas, Robinson o Malefakis, pero no Southworth o Jackson) y por españoles próximos al régimen como el historiador De la Cierva o el militar Salas Larrazábal, conferían a esta obra un carácter claramente rupturista con la interpretación más simpatizante con la República o con el *brenanismo* dominante. Constituía también una réplica a la visión marxista de los historiadores Pierre Broué y Emile Temine, cuya primera traducción al español, *La revolución y la guerra civil en España*, databa de 1962, pero que había sido recién reeditada y traducida del francés al inglés: *The Revolution and Civil War in Spain* (1972). E

incluso la convertía en la representación de lo que algún autor denominó una “nueva ortodoxia”

Aunque Carr había pretendido tan sólo combinar la visión de liberales y conservadores, para Ricardo de la Cierva, por entonces director de la Editora Nacional, la publicación de este libro colectivo, junto con las obras individuales de alguno de sus autores, representaba algo más: era—escribía en el diario franquista *El Alcázar*— la evidencia de un nuevo “consenso internacional” sobre los orígenes de la guerra que exculpaba o justificaba en parte el alzamiento militar. Ése era un uso propagandístico que no respondía, en realidad, a la posición de Carr. Lo que había pretendido—decía—era reflejar “los dos lados” (aunque casi todos los autores, finalmente, fueran conservadores) y, sobre todo, lanzarse a publicar algo sobre el ejército.³

El libro le dio enorme popularidad en ese momento final del régimen. Recuerda que le invitaron a dar múltiples conferencias, alguna de ellas “con la mayor audiencia que he tenido en mi vida, ¡increíble!”. En el prólogo sostenía una actitud crítica hacia los maximalismos y los excesos revolucio-

narios y, de hecho, encontraba en los sucesos revolucionarios de Asturias en 1934 el principio de la destrucción de la democracia.

“La revolución de octubre es el principio inmediato de la guerra civil. La izquierda, sobre todo los socialistas, habían rechazado los cauces legales de gobierno: sin embargo, el gobierno contra el que se alzaron estaba justificado electoralmente. La izquierda difícilmente podía esgrimir luego el argumento de la ‘legalidad’ para condenar la sublevación militar de julio de 1936 contra un gobierno elegido democráticamente”.⁴

Eso era lo que había llevado a Southworth, cuya actitud era de abierto y apasionado compromiso con la causa republicana, a acusarle de jus-

¹ *Spanish Tragedy The Civil War in Perspective*. Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1977. Cita extraída del prólogo de la edición española *La tragedia española*, Madrid, Alianza Editorial, 1986, p. 10.

² Entrevista con el profesor Adrian Lyttelton, 12 de diciembre de 2008.

³ Véase Raymond Carr, *The republic and the civil war in Spain*, Londres, Macmillan, 1971. [*Estudios sobre la República y la guerra civil española*, Barcelona, Ariel, 1973.] “Brenanismo”, “ortodoxia” y De la Cierva, en Martin Blinkhorn, “Anglo-American historians and the Second Spanish Republic: the emergence of a new orthodoxy” en *European Studies Review*, vol. 3, n.º 1, 1973, pp. 81-87. Crítica de Raymond Carr a Broué y Temine en *The Observer*, 6 de febrero de 1972. Véase también G. Ribbons, “The Republic and the Civil war in Spain by Raymond Carr”, en *International Affairs* (RIIA), vol. 48, n.º 1, pp. 127-128, y Paul Preston, “War of words: The Spanish Civil War and the historians”, en *Revolution and war in Spain 1931-1939*, Londres, Methuen, 1984, pp. 1-13.

⁴ Raymond Carr (ed.), *Estudios...*, op. cit., p. 25.

tificar el golpe.⁵ Raymond se sintió profundamente ofendido por la afirmación de Southworth. Él nunca había justificado el golpe ni “conspiraba” con nadie:

“Parte de su evidencia es que me vio cenando con Ricardo de la Cierva [...]. También he tenido a Federica Montseny en mi casa, y la he invitado a dar una conferencia en Oxford. ¿Soy, por tanto, el líder de una escuela neofranquista? Algunos de mis trabajos fueron prohibidos en la España de Franco, un artículo mío llevó a que secuestraran un número del *Times Literary Supplement* y mi esposa y yo distribuimos propaganda en España cuando el Sr. Southworth estaba feliz y a salvo en Tánger. No soy neofranquista. Soy, como ha destacado un airado lector [...] un ‘recalcitrante don de Oxford’.”⁶

Quería decir, probablemente, un pensador liberal. Aunque para muchos se estuviera convirtiendo en una especie de “anarco-conservador”.⁷ Así que este

recalcitrante oxoniense, con su reflexión personal en el libro, intentó demostrar su imparcialidad partiendo de la abierta simpatía hacia la causa republicana.

Spanish Tragedy había sido originalmente un encargo editorial de un libro “corto, popular y sin notas”. Verdaderamente no aportaba material nuevo, y para alguno de sus críticos suponía “poco más que una nota a pie de página del trabajo de Hugh Thomas”, autor con el que inevitablemente se le comparaba una y otra vez. Para unos era menos detallado pero “más agudo” que el de Thomas. *Déjà vu, déjà lu*, criticaban otros. También se destacaba que parecía estar escrito con cierta precipitación o sin una buena revisión editorial: lleno de erratas, repeticiones, sin notas a pie, con escasa bibliografía... Igual que parecía apresurado ese epílogo añadido al libro ya casi en prensa, tras la muerte de Franco: “El que hace la recensión hubiera preferido esperar un año y medio o dos y ver nuevas fuentes e interpretaciones”. Pero las críticas más duras venían fundamentalmente desde la derecha. Brian Crozier, además de criticar su parcialidad le acusaba de “mentir” por afirmar que la destrucción de Guernica había sido obra de los alemanes. Stanley Payne, aunque alaba-

ba su originalidad narrativa y su esfuerzo de juicio historiográfico, le criticaba por no detenerse a analizar el estalinismo comunista. Y Peter Kemp, desde *The Spectator*, ni siquiera estaba de acuerdo con su visión de que hubiera habido oportunidades para el régimen parlamentario sin el golpe franquista.⁸

Curiosamente, fueron autores progresistas auténticos expertos en la guerra civil los que hicieron las valoraciones más positivas. Así, el historiador marxista español Manuel Tuñón de Lara destacaba su claridad y su objetividad: “De esta obra –decía– no sé si admirar más su preocupación de seriedad, sus reflexiones esclarecedoras o su incontestable valor didáctico”. La importancia que Carr le concedía a cuestiones como la reforma agraria o la actitud de la banca y su sabotaje del crédito le parecían fundamentales. Paul Preston

destacaba sus vívidos *sketches* o la elegancia de estilo, pero sobre todo su manera de sentir la realidad:

“No se trata de una fácil objetividad de la indiferencia sino más bien de una honesta confrontación de verdades dolorosas, particularmente en las secciones que explican la derrota republicana. Uno quisiera –concluía– no estar de acuerdo con todo en este libro, pero es altamente iluminador y nunca deja de estimular el pensamiento”.

Casi diez años después de la publicación, en un detallado balance sobre la historiografía de la guerra, Helen Graham también lo analizaba muy positivamente como una lúcida y perceptiva exposición de la guerra civil enraizada en la realidad española.⁹

Según destacaba el propio Carr, lo cierto era que como historiador había intentado entender las razones y los impulsos de los unos y los otros, evitando juicios morales fáciles. Había puesto, en definitiva, mucho de sí mismo en el ensayo y no pretendía contentar a nadie. “Me ha llamado neofascista la izquierda lunática, y peligroso liberal

⁵ Gran audiencia y repercusión en entrevista con Raymond Carr, septiembre de 2009. Véase la polémica en Hugh Thomas, “Heinkels over Guernica”, *The Times Literary Supplement*, 11 de marzo de 1975. Véase una reflexión sobre el compromiso de Southworth en Sebastiaan Faber, *Anglo-American Hispanists and the Spanish Civil War: Hispanophilia, Commitment, and Discipline*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2008

⁶ Raymond Carr en *The Spectator*, noviembre de 1977.

⁷ Entrevista con Adrian Lyttelton, 12 de diciembre de 2008.

⁸ Nota a pie en *Times*, 25 de agosto de 1977; *déjà vu* y año y medio más en *The Economist*, 5 de noviembre de 1977; equilibrado en *International Review of Social History*, Amsterdam, 1978; más agudo en *The Irish Times*, 17 de septiembre de 1977; repeticiones, notas, bibliografía en *International Affairs*, enero de 1978 y *The American Historical Review*, vol. 83, n.º 3, junio de 1978. Brian Crozier en *Daily Telegraph*, 8 de noviembre de 1977. Stanley Payne en *Queens Quarterly*, Canadá, primavera de 1978. Kemp en *The Spectator*, 13 de agosto de 1977.

⁹ Manuel Tuñón de Lara, en *Journal of Modern History*, diciembre de 1978; Paul Preston en *New Society*, 11 de agosto de 1977; Helen Graham en *Historical Journal*, vol. 30, n.º 4, diciembre de 1987, pp. 989-993.

la extrema derecha”, decía en el prólogo. Y era cierto, se lo habían llamado. Aunque en realidad a él le gustaba moverse en ese terreno contra la corriente (o contra las corrientes) convencionales. Por el libro desfilaban, además, las confidencias de algunos de los personajes que él conocía tan bien y con los que simpatizaba, como sus admirados generales Rojo y Martínez Campos o esa Federica Montseny, ex ministra republicana, que le había contado: “¡Qué inhibiciones y qué angustia tuve que vencer para aceptar el puesto!”. Carr reflexionaba sobre el hostigamiento a la República desde los inicios por los grandes hombres de negocios que conspiraban “cada día en restaurantes de lujo con el único objetivo de destruirla”. O ilustraba la torpeza de los republicanos en el comercio durante la guerra, que hizo que Covent Garden devolviera las naranjas marcadas con la etiqueta “Comité Ejecutivo Popular” porque desconocía la marca

De las atrocidades en ambos bandos concluía que los “nacionales” debían haber cometido seguramente más “pues penetraron en tierras antes republicanas”. Describía su propia percepción de los días de mayo en Barcelona:

“En aquella época era militante de izquierdas. Recuerdo la respuesta que solíamos dar a las historias de los excesos, paseos y asesinatos que nos llegaban de España y que la prensa conservadora europea recogía ampliamente: ‘No se pueden hacer tortillas sin romper huevos’”.

Se asomaba al campo de batalla y observaba la miseria de los soldados republicanos sin zapatos y comparaba las

actitudes de los bandos y sus hombres en una escena esperpéntica: la Facultad de Medicina ocupada por los “moros” que hacían fuego con las fichas de la biblioteca para cocinar y comerse los conejos inoculados con virus, mientras que el brigadista y poeta Cornford leía una colección de *Everyman* que había encontrado en el edificio de la Facultad de Filosofía. Se enternecía, sobre todo, al hablar de la fe de los republicanos en la educación frente al antiintelectualismo de los nacionales.¹⁰

De la dictadura a la democracia

En España no se tradujo este libro hasta casi diez años después y pasó un poco sin pena ni gloria. En parte por el peso de la obra de Thomas y en parte porque casi paralelamente a la edición de esta obra Carr había trabajado en otra que publicaría directamente en España y que acapararía plenamente la atención del público español, convirtiéndose incluso en un best seller.¹¹ Se trataba de la ampliación cronológica de su primera obra: *España de la dictadura a la democracia*, que escribió a medias con su antiguo alumno —y desde 1976 director del Centro Ibérico— Juan Pablo Fusi:

“Nos dividimos los capítulos al 50 por ciento, revisando luego cada uno de nosotros la parte escrita por el otro, modificando y corrigiendo aquellos puntos que a juicio común lo necesitaban, hasta el punto de que

¹⁰ Citas extraídas de la edición española de Raymond Carr, *La tragedia española...*, op. cit., pp. 52, 97, 105, 122, 127, 136, 181, 182 y 243.

¹¹ *La Vanguardia*, 15 de abril de 1979.

ahora es prácticamente imposible discernir qué ha escrito uno y qué el otro”.¹²

Para entender la importante repercusión de esta nueva obra, deberían considerarse diversos factores. Por una parte, y coincidiendo con la muerte de Franco, los jóvenes investigadores españoles en Oxford habían ido finalizando sus tesis y publicando sus trabajos en España. Esa “suave ventolera oxoniana” que alababa hasta el historiador del régimen Ricardo de la Cierva había supuesto una revelación en el contexto español y propiciado, con su éxito, una recepción muy positiva de la obra del historiador británico y de lo que ya se denominaba la “escuela de Oxford”.¹³ Por otra parte, el libro llegaba en un momento crucial en el que la reflexión intelectual en torno al proceso de transición era fundamental. Y, finalmente, la calidad de la nueva síntesis, su profusión de detalles de interés y su avance cronológico la hacía enormemente atractiva. Aunque hubo quien criticó una cierta “incoherencia” interna del libro e incluso lo acusó de simplicidad interpretativa, mereció una larga y elogiosa recensión

¹² Raymond Carr y Juan Pablo Fusi, *España de la dictadura a la democracia*, Barcelona, Planeta, 1979. Carr escribió la primera parte, hasta los años sesenta, y Juan Pablo Fusi se encargó de los sesenta en adelante. Véase *El Correo Catalán*, 1 de abril de 1979.

¹³ “Ventolera” en la crónica a la lectura de la tesis de José Varela Ortega de Ricardo de la Cierva en *El País*, 24 de octubre de 1976.

¹⁴ Crítica en *Actualidad Económica*, 28 abril a 5 mayo de 1979. Gerald Brennan, “Out of the Labyrinth”, *New York Review of Books*, 27 de septiembre de 1979.

del viejo Brennan en la *New York Review of Books* titulada —significativamente— “Fuera del laberinto”.¹⁴

El libro analizaba el sistema político, la sociedad y la cultura del periodo franquista y concluía con una documentadísima narración de la desintegración de la dictadura y la construcción de una España democrática. Destacaba el importante divorcio entre la cultura de las élites y las masas que había llevado al fracaso de la cultura franquista. Tal vez, una de las aportaciones más discutidas de los historiadores fue que no estimaban tan fundamental el papel de la izquierda en el proceso. La izquierda había tenido —destacaban— un papel moral que había alentado el cambio con sus valores democráticos pero no había incidido directamente en éste. Valoraban el reformismo y también la constatación paradójica de que el propio régimen había creado las condiciones materiales para la existencia de una nueva sociedad democrática, dejando “constancia de su estabilidad mientras destruía su posibilidad de futuro”.¹⁵ “¿Creen ustedes que Suárez es un buen político y que de esta cualidad deriva su éxito en el cambio o, por el contrario, es un gran manipulador que ha aprovechado bien las circunstancias?”, les preguntaba una periodista. “Y... ¿cuál es la diferencia?”, contestaban ambos sonriendo y a la vez.¹⁶ También dedicaban en su epílogo, y

¹⁵ *Ya*, Madrid, 23 de septiembre de 1979.

¹⁶ *Diario de Barcelona*, 19 de abril de 1979.

sobre todo en el *post scriptum*, unas reflexiones respecto a las perspectivas de la nueva democracia española.

Al terminar el libro, en enero de 1978, el horizonte democrático les pareció “despejado y limpio” pero a finales de ese mismo año la situación no era tan optimista. Habían aparecido –escribían– algunas “nubes inquietantes”: el terrorismo, la presión de la extrema derecha al ejército, el “pasotismo” (frente a la ilusión inicial)... Lo fundamental, según destacaban los autores, era mantener la estabilidad interna de la estructura de partidos. Pero el peligro más acuciante no era una posible involución del ejército, era ETA y el explosivo laberinto vasco –decían–.¹⁷ Los historiadores no sólo desgranaban y explicaban el pasado sino que abordaban con valentía una interpretación del presente e incluso un pronóstico de futuro. Habían entrado en el campo de la crónica inmediata, y en una situación nueva y llena de incertidumbres su conocimiento y su autoridad académica redoblaban el interés de sus juicios y su opinión. El libro consiguió un prestigioso premio, el Espejo de España, y en su recepción Carr dedicó el libro a sus alumnos del Centro Ibérico. El círculo académico se cerraba y el personaje mediático del hispanista crecía.

De momento. Y a pesar de que el libro era conjunto y que ambos autores compartieron la presentación y las entrevistas, la presencia de Raymond (inevitablemente)

eclipsó un tanto al otro autor, Fusi, que, sin embargo, con esta obra se consagraría como uno de los jóvenes historiadores más valorados en España. Las entrevistas a Carr en la prensa o la televisión sobre su obra se multiplicaban. Al margen de que el tema que trataba fuera de especial actualidad, esta atención era algo totalmente inédito con la obra de cualquier otro historiador español, o incluso de un hispanista francés.

Lo que más les gustaba escuchar a los periodistas, ávidos de cualesquiera declaraciones del hispanista, era que España había sido *different* pero que ya no lo era; que funcionaba y sentía como cualquier país europeo. Aunque también les encantaba escuchar que el español era un pueblo especialmente “honesto y digno”. Pero además le seguían pidiendo pronósticos: ¿Persiste el riesgo de una involución política? ¿Podría haber otra guerra civil? ¿Hay solución para el problema vasco? ¿Y qué le parece a usted Suárez? ¿Cuál es el papel del rey? ¿El futuro de España es halagüeño? Y ello a pesar de que en el prólogo los autores habían advertido: “A los historiadores ocasionales no se nos adiestra en el arte de la adivinación”.¹⁸ Para la izquierda y la derecha, el historiador inglés “enamorado de España”, el “simpático” hispanista británico, el “sabio” profesor de Oxford, se había convertido en una figura mediática que trascendía el ámbito académico; y a la vez que él ascendía al estrellato se reavivaba (aunque en un segun-

do plano) la figura previa de Hugh Thomas y también la del emergente Paul Preston. Comentando la concesión del premio a Fusi y Carr escribía un periodista:

“Todo ha sido sustituido por los anglosajones. Ahora, desde hace algunos años, cuando resuella un intelectual anglosajón se paraliza el universo hispano porque de esa respiración puede surgir la explicación inapelable de lo que nos pasa [...] este país de xenófobos disfruta con la curación en idiomas foráneos. Los médicos históricos que preferimos los españoles son los anglosajones. Primero tuvimos a Hugh Thomas, que nos dijo de corrido, como un buen empollón del Foreign Office, lo que había sido nuestra guerra civil. ‘Hay que ver, decíamos nosotros, todo lo que sabe este inglés y qué poco sabemos nosotros de nuestras propias barbaridades.’ Luego tuvimos otros intérpretes hispanos de nuestra historia, pero ninguno igualó al ilustre británico [Raymond Carr] quien además ahora nos da en fascículos su historia ejemplar [...]. Televisión Española le dio diez minutos de un telediario. Ya quisieran *tuñones* y *bergamines* igual despliegue.”¹⁹

La política española

La alusión a *tuñones* y *bergamines* –por Tuñón de Lara, historiador marxista, y José Bergamín, poeta y ensayista republicano, disidente del proceso de la transición y de la monarquía– mostraba la relegación que aún tenían otras líneas de renovación historiográfica. La realidad era que se mezclaba la admiración “al anglosajón” con un

fenómeno que el propio Carr observó muy agudamente: en España se veneraba con exageración a los intelectuales, algo que no sucedía en Inglaterra. Durante las elecciones de 1977 –recordaba– había tomado un taxi cuyo conductor era comunista. “Si no votase por el PC –le preguntó Carr– ¿por quién votaría?” “Votaría por Tierno Galván”, le contestó el taxista. “¿Por qué?”, inquirió Raymond. “Porque es un profesor”, le respondió.

El fenómeno social (derivado en parte de la vieja influencia institucionista) que constituían un filósofo como José Luis López Aranguren o un profesor como Enrique Tierno Galván, el espacio del que disponían en la prensa o la televisión, su influencia política y su popularidad como de estrellas del pop eran del todo impensables en Gran Bretaña, donde ni Russell ni Keynes habían tenido un prestigio similar al de Ortega y Gasset. El ascendiente cultural francés en España hacía que el intelectual fuera visto como una figura mucho más influyente de lo que en realidad era.²⁰ Y eso se agudizaba si se le sumaba un nombre extranjero y el marchamo de “hispanista” (y aún más, tal vez, si éste procedía de clase alta).

Ciertamente, cada viaje a España desde entonces se convertiría en una procesión de conferencias, entrevistas y declaraciones del profesor de Oxford. Envuelto en un aura de enorme popularidad, Carr gozaba (y sufría)

¹⁹ Crónica escrita por el escritor y periodista Juan Cruz bajo el seudónimo de Silvestre Codac en *Triunfo* el 7 de abril de 1979, comentando la entrega del premio Espejo de España. La alusión a *tuñones* y *bergamines* está derivada del comentario crítico hacia ellos del autor del libro finalista: Víctor Alba, *El Partido Comunista en España. Ensayo de interpretación histórica*, Madrid, Planeta, 1979.

²⁰ Artículo de Raymond Carr en una revista española (recorte inidentificable; *Triunfo?*), 4 de noviembre de 1979. Respuesta de Aranguren en *El País*, 15 de noviembre de 1979.

¹⁷ Raymond Carr y Juan Pablo Fusi, *España...*, op. cit., pp. 301-317.

¹⁸ Raymond Carr y Juan Pablo Fusi, *España...*, op. cit., p. 10.

de esa condición de respeto, admiración y hasta agradecimiento por su “atención” a la historia de España. Hasta el punto de elevar su visita de investigación a una localidad a noticia de prensa o convertir sus conferencias en un acontecimiento con asistencia masiva de público.²¹ Aunque eran los periodistas los que invariablemente le pedían un pronóstico, un juicio, un consejo... una señal... como a ese “taumaturgo de la hora”²². “Los consejos de Raymond Carr: formen partidos fuertes”, se leía en la portada del dominical de *Arriba*.²³ Y esa popularidad continuaría incrementándose con los años, sobre todo tras su nombramiento como sir. En 1989, por ejemplo, visitó La Rioja con Auberón Waugh invitado por Eduardo Garrigues, director del Spanish Institute en Londres. Se acababa de caer del caballo en una cacería (“eso pasa por montar una yegua que es por lo menos sesenta

años más joven que uno”) y tenía heridas en la cabeza y en una pierna, por lo que se veía obligado a moverse con bastón o en silla de ruedas y era “tiernamente conducido por un ex embajador”. Nada —escribía Waugh— interfería su avance:

“que recordaba al de un popular futbolista o a un rey ungido. En cada ciudad que visitamos fue recibido por el alcalde, el presidente de la Cámara de Comercio y una representación de las más respetables organizaciones ciudadanas. Incluso en los pequeños pueblos, las campanas de la iglesia sonaban y se hacían largos discursos [...]. Mientras que en Oxford [...] era reverenciado por su academicismo y alta inteligencia y en el *West Country* es bienvenido como un buen tipo que caza, en los antiguos reinos de Navarra y Castilla, incluso en parte de las regiones vascas, es visto como un santo [...] me pregunté cuántos historiadores de la guerra civil inglesa —o de la huelga general, tal vez— recibirían el mismo trato en Gran Bretaña.”²⁴

Tanto Hugh Thomas como Raymond Carr vinieron a España en las jornadas de las primeras elecciones democráticas en junio de 1977 como corresponsales de excepción. Thomas escribiría sus impresiones para el *New Statesman*, de centroizquierda (el especialista en la guerra civil aún no había realizado la transición desde la élite de la izquierda “antisistema” a su conversión en lord de la derecha thatcherista). Y Carr escribía para el diario conservador *The Spectator*, con

²⁴ Yegua joven en entrevista a Raymond Carr. Viaje por la Rioja en Auberón Waugh, “Homage from Rioja, or travels with my cousin Raymond”, recorte de prensa (sin identificar nombre de publicación o fecha pero de abril 1989), PRC. Véase también *Boletín Informativo de la Cámara de Comercio e Industria de Alava*, mayo de 1989, n.º 200, época III, año XXIX.

el que seguiría fielmente en los años venideros recensando libros. Su descripción de unas elecciones “opacas y aburridas” era el máximo indicador de la normalización democrática:

“Hay motivos sobrados para la euforia y la autocongratulación por el nacimiento anodino, aburrido y pacífico del primer gobierno en cuarenta años legitimado por el voto libre. Para comprobar la reacción de la policía lancé un grito de “Viva la República” en mitad de la calle; nadie se alteró lo más mínimo.”²⁵

Repetiría crónica en las elecciones municipales de 1979. Y también en 1982, donde comenzaba su artículo con una sincera bienvenida al triunfo del socialismo (que en Gran Bretaña —decía— habría sido un “desastre nacional”) encabezado por un líder al que conocía y admiraba. El líder socialista y futuro presidente del gobierno, Felipe González, no sólo se había entrevistado en diversas ocasiones con el profesor sino que acudió a St Antony’s “preocupado e impresionado” después del intento de golpe de Estado militar del 23 F en 1981.²⁶ Allí se celebró una reunión a puerta cerrada —y con *Chatham House Rule*²⁷— con

²⁵ Raymond Carr y Hugh Thomas en artículo de Juan Cruz, *El País*, 25 de junio de 1977. Raymond Carr, *El rostro cambiante de Clío*, Madrid Biblioteca Nueva y Fundación Ortega y Gasset, 2005.

²⁶ Las crónicas de las primeras elecciones (1977, 1979 y 1982) están en *The Spectator* y traducidas en Raymond Carr, *El rostro...*, op. cit., pp. 274-291.

²⁷ Cuando una reunión, o una parte de una reunión, se convoca bajo la Regla de Chatham House (the “Chatham House Rule”), los participantes tienen el derecho de utilizar la información que reciben, pero no se puede revelar ni la identidad ni la afiliación de ningún otro participante.

los hispanistas Preston y Carr. También estaban presentes otros diputados socialistas que llegarían a ser ministros como Javier Solana y José María Maravall. El motivo de la visita a Inglaterra era consolidar el apoyo del gobierno británico a la democracia española después del “Tejerazo”.²⁸

Evidentemente, en esos años críticos St Antony’s se había convertido en algo más que un centro de estudios universitarios y Raymond Carr en algo más que el “maestro” de una escuela de historiadores. Cuando Felipe González regresó a España y le entrevistaron citó la preocupación del laborismo británico y también las palabras de Carr “en el sentido de que España tiene que seguir el camino de la democracia, y que cualquier vuelta atrás supondría una quiebra en el proceso histórico español, de repercusiones profundamente negativas”.²⁹ Eso era algo muy obvio. Pero dicho con el marchamo profesoral oxoniense parecía conferir más autoridad a la aserción.³⁰ El final de la dictadura en Espa-

²⁸ Según lo cita *El País*, 11 de marzo de 1981, y además entrevista con Paul Preston el 30 de marzo de 2009 y correo electrónico del 1 de abril de 2009. Según el mismo Preston destaca, como anécdota, parece que en una conversación informal González le comentó a Carr que Margaret Thatcher le había parecido “muy atractiva”. Paul Preston, muy sorprendido, arremetió contra él, medio en broma: “¿Cómo puedes decir esto de esa bruja? Y él, riéndose, dijo en plan muy sevillano: “Pue, e que tiene lah piernah máh largah y máh bonitah que lah de la Marlene Dietrih”.

²⁹ *El País*, 13 de marzo de 1981.

³⁰ Cuatro años más tarde, Felipe González regresaría de nuevo a Oxford para hablar a los estudiantes sobre la política exterior de España en plena campaña del referéndum por el ingreso de España en la OTAN. Sólo dos años después, Margaret Thatcher venía a España. ▶

²¹ “El historiador Raymond Carr investiga en Galicia”, *El País*, 19 de julio de 1979. Ernesto S. Pombo, Lugo: “Raymond Carr, el ilustre historiador inglés, catedrático de la Universidad de Oxford, ha visitado durante el pasado fin de semana la provincia de Lugo en busca de datos y documentación para el que será un trabajo acerca de la realidad sociopolítica de este país”. La visita a La Rioja está narrada en mi capítulo 6.

²² La expresión está extraída de la respuesta airada de Carr a la insistente demandas de un “pronóstico” por el entrevistador del diario falangista madrileño *Arriba*: “Me resulta extraño y absurdo que los españoles me pregunten a mí, que soy un extranjero, sobre su país. Hay un “círculo” de historiadores, como [yo mismo] Hugh Thomas, Gabriel Jackson, Edward Malefakis y Paul Preston, que parecen ser los taumaturgos de esta hora” *Arriba*, 4 de abril de 1976.

²³ “Formen partidos fuertes” en la entrevista de *Arriba*, 4 de abril de 1976.

ña y el protagonismo creciente en el mundo de la política o la academia de algunos de los postgraduados que habían pasado por Oxford reforzó el prestigio y el renombre del Centro Ibérico y de su creador tanto en España como en Gran Bretaña.

En lo que respecta a Carr, su profundo conocimiento de la situación española y su trato con políticos e intelectuales hispanos le convirtió también, en no pocas ocasiones, en un preciado “informador” para los políticos británicos (desde Harold Macmillan a Margaret Thatcher): “Tenía acceso a ministros y a políticos españoles, y a mí me contaban cosas que no contarían al embajador”—diría—, así que disponía de información de primera mano además de la derivada de su observación y estudio. Por ejemplo, el ministro de Asuntos Exteriores del gobierno laborista, Anthony Crosland, el día que cenó en St Antony’s le pidió que le remitiera un memorándum con información sobre cinco temas: el Partido Socialista, el problema de la estabilidad política y su opinión sobre Suárez, el ejército, los problemas vasco y catalán, la OTAN y Gibraltar. Como pocos días después Crosland murió, Carr le remitió su informe al secretario de Asuntos Exteriores, David Owen.³¹ Sobre los dos

últimos temas —le escribía— de momento no sabía gran cosa. Pero sí sobre el resto.

Había seguido de cerca el XXVII Congreso del Partido Socialista Obrero Español y creía que la política económica que proponía el PSOE era más radical que la del Partido Comunista e incluso su tono y su estilo eran más “revolucionarios” (comparaba la manera de vestir de Carrillo y González). Temía que, dada la debilidad de la maquinaria partidista, González pudiera ser muy probablemente víctima de la presión de los militantes y convertirse en un radical a lo Largo Caballero y le recordaba a Crosland el *dictum* del laborista Hugh Dalton: “Nunca pienses que los socialistas españoles son nada parecido a miembros del Partido Laborista”. De hecho, a partir de la victoria socialista en las elecciones de 1982 su principal obsesión sería la “deriva mesiánica” del presidente Felipe González, con el que no tuvo nunca realmente una buena sintonía, en contraste con su cordial relación con el vicepresidente socialista Alfonso Guerra.

Respecto a los militares (resumiendo mucho) no creía que hubiera peligro de involución, no sólo por la voluntad del jefe del Estado Mayor Gutiérrez Mellado sino especialmente por el papel del rey. Sobre la cuestión militar estaba muy al día. Tenía información directa de algunos miembros del ejército, y también cierto contacto con la inteligencia militar británica, con la que se reunió esporádicamente. Uno de los entonces jóvenes investigadores españoles en el Iberian Centre, el profesor Joan Maria Esteban, recorda-

ba que Carr le llevó con él a una reunión sobre la situación en España en la que había varios militares británicos (y tal vez americanos) con un impresionante conocimiento sobre sus colegas los militares españoles.³²

En lo que respecta a Suárez, desde 1976 presidente del gobierno, Carr tenía entonces una buena opinión de él, aunque pensaba que contaba con enemigos internos en su partido y que claramente era el rey y no él quien había apostado inicialmente por la política de democratización. Con el tiempo ratificaría esa visión a partir del convencimiento de que el líder de UCD había asumido un protagonismo excesivo y, de alguna manera, había “complicado” un proceso de transición a la democracia que todos aceptaban de partida. En esos momentos Carr consideraba fundamental que el presidente concediera la amnistía en el País Vasco para aislar a los independentistas abertzales. Según creía, los únicos problemas de estabilidad posibles en su gobierno estaban derivados de la gestión económica y de los “Keith Joseph” (conservador británico que desafió a su líder Heath) y los cuasisocialistas que tenía el partido. Si fracasaba y había que recurrir a un gobierno de concentra-

ción no le preocupaba la participación comunista, dada la nueva actitud de su líder, Santiago Carrillo.³³

La transición

Fue indudablemente en estos años en torno a la transición democrática española cuando la opinión de Carr como experto en España tuvo más protagonismo tanto en Inglaterra y en Estados Unidos como, sobre todo, en nuestro país. El hispanista fue invitado a diversos seminarios en las universidades españolas pero también a programas de debate político en televisión. Tuvo incluso una importante presencia simbólica. Cuando el político centrista Javier Rupérez fue liberado de su secuestro por ETA dijo que en su cautiverio había leído el libro de Carr.³⁴ Pero, sobre todo, su por entonces abundantísima (e incesante) producción en forma de artículos y reseñas publicados en las más importantes revistas inglesas y americanas mantenía su nombre como referencia internacional en la materia.³⁵ Y además seguía muy de cerca y con interés el pulso político, aunque no siempre acertara en su perspectiva de análisis.

La mayoría de los protagonistas culturales y políticos de la transición le respetaban. La influencia intelectual que ejerció la obra de Carr en la

Era la primera *premier* británica que la visitaba. Carr (admirador y amigo de Thatcher) escribió una espléndida crónica sobre la sintonía entre ambos dirigentes y sus características comunes, que denominó muy expresivamente: “Thatcherismo, felipismo” en *El País*, 21 de septiembre de 1988.

³¹ Carta de Carr a David Owen el 27 de septiembre de 1977, en manuscritos cedidos por Robert MacNeil de la Bodleian Library a la autora. En adelante los entrecomillados pertenecen a esta carta.

³² Se trataba, probablemente, de una reunión en la Fundación Ditchley celebrada entre 1976 y 1977. Entrevista con Joan Maria Esteban el 26 de enero de 2010.

³³ Carta de Raymond Carr a David Owen (copia) del 27 de septiembre de 1977, PRC. Pero no sólo proporcionaba información de carácter político. Al parecer, en alguna ocasión hubo industrias que pensaban en establecer filiales en España, y le solicitaron informes de carácter socioeconómico como sucedió con Westinghouse.

³⁴ *El País*, 19 de diciembre de 1979.

³⁵ La lista detallada de sus trabajos es demasiado prolija para ser incluida en notas. Véase una parte sustancial de estos artículos, Robert MacNeil, “Sir Raymond Carr: a bibliography 1945-1988”, en Frances Lannon y Paul Preston: *Elites and power in Twentieth-Century Spain: Essays in honour of Sir Raymond Carr*, Oxford, Clarendon Press, 1990.

generación de la transición —como reconocían algunos de sus representantes prominentes de la izquierda y la derecha— fue indudable.³⁶ Aunque había quien opinaba, como sucedía con el periodista Juan Luis Cebrían, que Carr parecía no haber entendido la transición tan bien como había entendido la España liberal, la guerra civil y el franquismo. Se basaba en sus vivas discrepancias con el historiador surgidas en torno a la posibilidad de una involución militar. El debate se produjo en el congreso organizado en 1980 en la Universidad de Vanderbilt (Estados Unidos), donde se había reunido un grupo de representantes de la cultura, la prensa y la política española con objeto de analizar el cambio político, social y cultural que había tenido lugar en España desde la muerte de Franco. En el encuentro, que alguien calificó como “el congreso del desencanto”, se enfrentaron en viva polémica los “desencantados” con los “encantados” de la transición, como el propio Carr, que en su análisis optimista no sólo desestimaba la posibilidad de una reacción de la derecha y el ejército como temía Cebrían (y que se produjo, de hecho, pocos meses después) sino que criticaba el desencanto “injusto e irracional” y

³⁶ Éste es un hecho admitido por diversos políticos e historiadores entrevistados. El socialista Alfonso Guerra se confesaba un “admirador” de su obra, como también los conservadores Manuel Fraga y Miguel Herrero de Miñón. Juan Luis Cebrían hablaba de una influencia “definitiva” en la gente de la transición. Entrevistas con Miguel Herrero de Miñón, 22 de enero de 2010; Alfonso Guerra, 16 de febrero de 2010, y con Juan Luis Cebrían, 22 de febrero de 2010.

se preguntaba si éste no daría lugar a una “profecía autorrealizada”. Cebrían concluyó que Carr no comprendía realmente la situación política del momento. O que la contemplaba, tal vez, desde una perspectiva ideológica demasiado conservadora y complaciente.³⁷

Dos años después Carr asistió a un nuevo seminario sobre la España democrática bajo el gobierno socialista que se celebró en el Wilson Centre en Washington. Esta vez el encuentro contaba con una nutrida presencia de políticos, entre ellos el presidente socialista Felipe González, del que Carr hizo la presentación formal ante los congresistas americanos. En esta ocasión su discurso se centró en una idea: hasta que González no había accedido al poder no se había culminado la transición.³⁸ Carr siguió después con enorme interés (y una cierta decepción) la evolución del socialismo en el poder. En 1984 pensaba en escribir un libro crítico con el gobierno al que quería titular “El experimento socialista en España”, un proyecto que abandonó.³⁹

³⁷ Entrevista con Juan Luis Cebrían, 22 de febrero de 2010. Entre los asistentes en Vanderbilt (Tennessee) se encontraban Francisco Ayala, Pilar Miró, José Luis Abellán, Rosa Montero, Rafael Conte, Richard P. Gunther y Manuel Fraga, además de otros estudiosos americanos, anglosajones latinoamericanos y españoles. Véanse las referencias al encuentro en *El País*, 26 y 30 de marzo de 1980 y 11 de abril de 1980. Véase José Luis Cagigao, John Crispin y Enrique Pupo Walker (dirs.), *España 1975-1980. Conflictos y logros de la democracia*, Madrid, Ed. José Porrúa, 1982.

³⁸ Entrevista con Charles Powell, 1 de marzo de 2010.

³⁹ El libro sobre socialismo en carta de Raymond Carr a Archie Brown del 12 de junio de 1984, en los papeles del profesor Archie Brown cedidos por éste amablemente a la autora.

En febrero de 1985 invitó al entonces vicepresidente del gobierno socialista, Alfonso Guerra, a impartir una conferencia en Oxford y establecieron una relación de gran cordialidad. Con el tiempo diría que era uno de sus políticos españoles favoritos junto al conservador Miguel Herrero de Miñón. Y hasta le invitó a ir a cazar zorros para regocijo del vicepresidente, tan contrario a esa actividad.

El mismo año 1985, unos meses antes del referéndum sobre la permanencia de España en la OTAN, coeditó una colección de breves ensayos junto a Joyce Lasky Shub, entonces consejera del subsecretario de Asuntos Políticos del Departamento de Estado de la administración Reagan. El libro, prologado por el entonces presidente del gobierno Felipe González, recogía el análisis de significados representativos de la diplomacia, la política, el periodismo, la sociología y la historia sobre cuál era el papel y las peculiaridades de España en el contexto occidental y en la integración europea y atlántica.⁴⁰ Uno de los autores, Miguel Herrero de Miñón, recuerda que Carr modificó su texto original acentuando el tono proatlántico, aunque se disculpó después por ello. Al político conservador no le molestó: “Me caía muy bien”—aclara— aunque reconocía que

⁴⁰ Joyce Lasky Shub y Raymond Carr (eds.), *Spain Studies in Political Security*, Nueva York, Center for Strategic and International Studies, Georgetown University, Praeger, 1985. Los autores eran: Javier Rupérez, Fernando Morán, Antonio Sánchez Gijón, José María de Areilza, Miguel Ángel Aguilar, Narcís Serra, Miguel Herrero de Miñón, Amando de Miguel, Ángel Viñas, Juan Luis Cebrían, Elena Flores, José Antonio Martín Soler, Carlos Miranda, Antonio Marquina y Juan Pablo Fusi.

en esa época Raymond parecía mantenerse muy proclive a la “relación especial” con Estados Unidos.⁴¹

Por las mismas fechas, el servicio de inteligencia británico, el MI6, le encargó a Carr varios informes sobre Felipe González relativos a los temas más espinosos en su relación con Gran Bretaña. “Los escribí —decía Raymond—. Fueron varios informes... pero nunca fui un buen espía ¡porque verdaderamente quería que Felipe González y Margaret Thatcher tuvieran una buena relación! Y pensé que la señora Thatcher exageraba su temor... porque González hacía ‘ruidos’ sobre Gibraltar...” Como experto en España, efectivamente, Carr informó durante varios años al MI6 sobre diversos temas.⁴² El hispanista había rebasado claramente el cerco de la historia.

El Centro Ibérico

Por su parte, el Centro Ibérico —que nunca se constituyó realmente como un centro y que desde 1976 estaba integrado en el Centro Europeo— bajo la dirección de Juan Pablo Fusi, y con José Varela Ortega como profesor investigador, aún continuaba recibiendo postgraduados y celebrando seminarios de interés académico.⁴³ Aunque

⁴¹ Entrevista con Miguel Herrero de Miñón, 22 de enero de 2010.

⁴² Entrevista con Raymond Carr, 5 de febrero de 2010. Gracias a la mediación de lord Charles Powell, Carr ha obtenido permiso para acceder a sus informes en los archivos en el MI6, aunque a mí no se me haya permitido consultarlos o citarlos.

⁴³ Como los seminarios sobre los orígenes del moderno nacionalismo y sus características en Europa y América Latina, que incluyeron la presencia de los profesores Arian Lyttelton, Anthony Smith, Christopher Seton Watson, James C. Beckett o el propio Raymond Carr. Véase *St Antony's College Record 1977-1983*, p. 91.

la carestía económica había hecho estragos y su decadencia era evidente para los que lo frecuentaron esos años, el prestigio del centro seguía creciendo y también su reputación internacional. En 1977 Robert Kagan le pedía consejo a Carr para copiar el centro en Baltimore. En 1979 el historiador americano Edward Malefakis le escribía: “No tenéis rivales fuera de la península ni probablemente dentro de ella”.⁴⁴

Esa última era una cuestión clave. Y precisamente en esos años se fue gestando un importante proyecto de fundación cultural que pretendía imitar el modelo del Centro Ibérico e importarlo a España. José Varela Ortega, Ezequiel Gallo y otros antiguos *antonians* se reunieron y decidieron hacer “algo como St Antony’s pero en España”. Convocaron a Soledad Ortega, la hija de Ortega y Gasset, que acudió a Oxford y se reunió con el grupo de postgraduados e investigadores en Studley Priory, un hotel en las afueras de la ciudad: “Sabemos cómo hacerlo”, le afirmó su hijo.⁴⁵ Y así fue como, con la colaboración del Instituto di Tella y del Colegio de México, se constituyó el primer grupo de lo que sería la Fundación Ortega y Gasset, que se creó en España en noviembre de 1977.

Pretendían consolidar un centro de estudios ibéricos y latinoamericanos (CEILA) con una abierta vocación atlantista y una filosofía liberal. El objetivo del centro era interconectar las culturas en lengua castellana y portuguesa “por encima de las vicisitudes políticas” superando “las obsesiones de un seudoimperialismo hueco, desafortunado e inhábil [...] y las obsesiones de lirismo revolucionario simplista, uniformizante y utópico”. La Fundación Ortega muy pronto contó también con la ayuda económica de la americana Fundación Ford, igual que la había tenido la Sociedad de Estudios y Publicaciones, St Antony’s, el Instituto di Tella o el Colegio de México. Se consolidó como un ámbito de reflexión y estudio en las humanidades y las ciencias sociales —con especial atención a las relaciones internacionales— y con el tiempo se preciaría de haber vinculado a diversos académicos y profesionales de prestigio que “hoy hacen de ella uno de los *think tanks* o grupos de expertos más acreditados de España”.⁴⁶ Relacionadas con esta fundación y en una línea similar nacerían posteriormente otras fundaciones en España en las que los alumnos de Carr en St Antony’s ocupaban un papel

relevante, como el CITpax (Centro Internacional de Toledo para la Paz), con Shlomo Ben Ami, o el Real Instituto Elcano, con Charles Powell. La vinculación entre la Fundación Ortega y Gasset y St Antony’s College, aunque de manera intermitente, se mantuvo activa en el tiempo como demuestra el hecho de que doña Soledad Ortega, presidenta de la Fundación, fuera nombrada *honorary fellow* en el año 1990.⁴⁷

En lo que respecta al Centro Ibérico, la crisis económica y el cambio de política del gobierno británico referente a las tasas universitarias habían hecho estragos. El gobierno conservador cortó los fondos para la universidad en casi un 20 por ciento y se subieron las tasas a los estudiantes extranjeros, dificultando mantener las subvenciones al mismo número de becarios. En un intento desesperado, Carr le pidió al secretario de la SEP, José Antonio Muñoz Rojas, que le escribiera a él mismo una carta en estos términos: “Debo decirle, muy francamente, que un aumento en las tasas como el que menciona no tiene precedentes y puede tener un mal efecto en el flujo de estudiantes a Inglaterra. Esta perspectiva es compartida por otras instituciones financiadoras en España, que tendrán que buscar otro sitio para ubicar a sus estudiantes”. Y eso fue literalmente lo que le escribió Muñoz Rojas.⁴⁸

Con esas palabras en apariencia espontáneas de la entidad española, Carr pretendía presionar políticamente en las altas esferas. No tuvo éxito. Y por otra parte el Banco Urquijo comenzó también a dar señales de querer alejarse del proyecto por razones económicas: su propia situación de crisis financiera. Desde 1980, año en que Juan Pablo Fusi regresó a España dejando la dirección del Centro Ibérico, la crisis de éste era absolutamente evidente. Aunque siguió funcionando porque había trabajos en curso, la vieja estructura se suspendió definitivamente.

En 1981 se incorporaron los dos últimos postgraduados, de orígenes sociales y académicos bien diferentes: Charles Powell y Helen Graham. Powell procedía directamente del entorno oxoniense —así que no sintió ninguna fascinación especial por el Centro— y además contaba con uno de los expedientes más brillantes de su generación. Graham era una joven igualmente cualificada que había estudiado en Queens College, una universidad *red brick* (recién establecida) de Londres, y que sí se sintió (negativamente) impresionada por el ethos de Oxford: “Muy rancio, muy en la línea de la novela de Tom Sharpe, *Porterhouse Blue*”. Incluso St Antony’s, pese a su supuesta modernidad, le pareció un tanto impregnado de ese espíritu elitista. Cuando llegaron, el Centro Ibérico —que ella había elegido para finalizar su doctorado tras estudiar con Paul Preston— resultó ser “un par de cajas de libros bajo el pupitre de la secretaria del *college*”. Graham no vio mucho a Raymond Carr, y menos aún socialmente, aunque él

⁴⁴ Decadencia en entrevistas con Susanna Tavera, Antonio Gómez Mendoza y Santos Juliá. Carta de Robert Kagan a Raymond Carr del 16 de septiembre de 1977, caja 5, *warden*, ASAC. Comentario de Edward Malefakis en carta de Raymond Carr a José Antonio Muñoz Rojas, 16 de octubre de 1979, caja 5, *warden*, ASAC.

⁴⁵ Entrevista con José Varela Ortega, 9 de marzo de 2009, y entrevista con Ezequiel Gallo, 6 de enero 2009.

⁴⁶ En el comité fundacional estaban: Justino de Azcárate, Julio Caro Baroja, Guillermo Céspedes, Roberto Cortés Conde, Luis Díez del Corral, Paulino Garagorri, José Malagón, José Ortega Spotorno, José de Azeredo Perdigo, Joaquín Romero Maura, Pedro Sainz Rodríguez, R. Segovia, José Varela Ortega y José Luis Yuste. Véase carpeta *Revista de Occidente*, 20 A15 AMR (FZ). Al comité académico se sumó Raymond Carr entre otros. Véase objetivos en 20 A25 AMR (FZ). *Think Tank* en la página web de la Fundación Ortega y Gasset.

⁴⁷ *St Antony’s College Newsletter*, invierno, 2008-2009, (edición digital), p. 18.

⁴⁸ Carta de Carr a Muñoz Rojas del 26 de octubre de 1979 y respuesta de Muñoz Rojas, 13 de noviembre de 1979, en caja 5, *warden*, ASAC. Véase también los papeles de Muñoz Rojas, AMR 5R, en Archivo Fundación Zubiri (FZ).

siempre estuvo muy dispuesto y atento para responder a sus dudas y escribirle cartas de presentación para los archivos. Por otra parte, no se sintió demasiado identificada con el ambiente académico de St Antony's, donde "la mayoría de los estudiantes estaban haciendo virtualmente ciencia política, un trabajo muy en la línea de las relaciones internacionales, y estaban bastante orientados a *think tanks* políticos y trabajos en el gobierno".⁴⁹ La mayor influencia de Carr —y el consejo que le agradecía— fue su recomendación de que leyera la literatura de la época cuando estudiara España. Powell también le recordaba muy ocupado y ausente aunque le frecuentó más, personal y socialmente. Además permaneció en el centro como "coordinador" y organizador de conferencias de políticos españoles.⁵⁰ Una vez concluida con éxito su tesis sobre la transición española y el papel del rey, se vinculó estrechamente con el grupo de españoles ex antonianos que se reunían en la Fundación Ortega y Gasset con los que Carr le había puesto en contacto. Ésa fue —diría— su mayor aportación tutelar.⁵¹

En lo que respecta a la vida del Centro, por entonces había finalizado definitivamente la

un tanto caótica relación con el Banco Urquijo.⁵² "En confianza —le escribía Carr al embajador Arias Salgado en 1981— debo decirle que la verdadera dificultad con el esquema español ha sido que ha resultado imposible conseguir un presupuesto fijo para nuestras operaciones. Muñoz Rojas ha establecido un presupuesto ad hoc cada año."⁵³ En esas fechas, sin embargo, se incorporaba un investigador genial: Felipe Fernández Armesto, nuevo *fellow* y director del centro, y con él el dinero de una donante anónima de origen canario, que financió con 3.000 libras anuales los seminarios. Pero, a pesar de los renovados esfuerzos del *warden* y del propio Fernández Armesto, que recurrieron al gobierno español, los gobiernos regionales, benefactores y empresas españolas y británicas, no se consiguió una nueva financiación estable y consistente que permitiera mantener investigadores permanentes o temporales.

En 1985 un Carr desolado escribía al embajador inglés en España. Estaba pensando ya en retirarse y no veía posibilidad de conseguir reflotar económicamente el Centro Ibérico. No conseguía fondos de España y encima tenía "competencia". Al parecer, el rector de Exeter College, Crowther Hunt, estaba negociando una plaza de profesor permanente para la enseñanza de lengua y literatura española, la *Queen Sofia Fellowship for Spanish Research*:

⁵² Carta de Raymond Carr al embajador español en Londres, Fernando Arias Salgado, del 26 de mayo de 1981. Papeles de Muñoz Rojas, AMR 5 R15, Archivo Fundación Zubiri (FZ).

⁵³ Carta de Raymond Carr a Fernando Arias Salgado del 26 de mayo de 1981, AMR 5 R15, Archivo Fundación Zubiri (FZ).

"Necesitamos un profesor de español como necesitamos un agujero en la cabeza", escribía Carr parafraseando al también profesor de Exeter, Ian Michael. "Lo que necesitamos es una plaza que dé continuidad en los estudios de la España moderna, su política y su economía después de mi retirada."⁵⁴ Le pidió ayuda incluso a José María Maravall, entonces ministro de Educación, quien le aseguró que el gobierno español no iba a apoyar esa *Queen Sophia Fellowship*, pero "al final debe haber cedido bajo presión", apuntaba Carr.⁵⁵ Fernández Armesto le siguió animando a mantener la lucha por la recaudación. Le sugería una campaña a fondo por España:

Eres un bien vendible entre los intelectuales españoles que te respetan con extraordinaria (de hecho *única*) unanimidad y que, por supuesto, incluye a financieros, industriales, políticos... algo sin paralelo en este país. Esto implicaría una campaña semipública que debería ser dirigida de manera selecta pero amplia a la *intelligentsia* en su conjunto y que debería usar algunos de los medios de publicidad apropiados para un plan comercial. Necesitaríamos, al menos, un millón de libras. Deberíamos saber quién ha contribuido al *Queen Sofia* y con cuánto, etc...⁵⁶

El plan no tuvo éxito. El Centro Ibérico consiguió una subvención del gobierno vasco y, secundariamente, la colaboración con la Fundación

⁵⁴ Carta de Raymond Carr al embajador británico del 5 de marzo de 1985, caja 12, *warden*, ASAC. También carta al embajador español del 18 de febrero de 1985.

⁵⁵ Carta de Raymond Carr al embajador británico, citada.

⁵⁶ Carta de Felipe Fernández Armesto a Raymond Carr del 6 de noviembre de 1986, caja 12, *warden*, ASAC.

⁵⁷ Entrevista con Felipe Fernández Armesto, 26 de marzo de 2010. Entrevista con Raymond Carr, 8 de diciembre de 2008.

Ortega y Gasset pero nunca recuperaría el viejo esquema. Ya no era un centro —diría Fernández Armesto—; era un seminario. Se intentó reorientar como un núcleo de reflexión política de actualidad. Hasta principios de los noventa, por St Antony's siguieron pasando políticos españoles como José María de Areilza, Alfonso Guerra, Manuel Fraga, Narcís Serra o Pasqual Maragall. Incluso después de la retirada de Carr —cuando el *college* lo dirigía el siguiente *warden*, Ralf Dahrendorf—, se mantuvo por un breve tiempo el "espectro" del Centro Ibérico bajo la coordinación de Charles Powell. Pero finalmente desapareció. "El Iberian, en realidad, fue un fracaso, la historia de un fracaso", diría Carr con el tiempo.⁵⁷ Tal vez. Pero nunca un fracaso fue tan rentable académica y políticamente. Sobre todo en España donde, desde su nacimiento y aún después de su decadencia, en la imaginación del público e incluso de los académicos que nunca habían acudido a Oxford pero que habían oído hablar tanto de ese prestigioso centro (y de su "escuela"), el Centro Ibérico se imaginaba como un edificio vetusto, probablemente de aspecto gótico, con una gran biblioteca, unos despachos y un profesoral *warden* Carr paseando togado por sus estancias e impartiendo conocimiento. ■

[Extracto del capítulo 12 de *Raymond Carr. La curiosidad del zorro. Una biografía*, de María Jesús González. Galaxia Gutenberg, Círculo de Lectores.]

María Jesús González es profesora titular de Historia Contemporánea en la Universidad de Cantabria.